

á ser una especie de pórticos ó atrios laterales. En la basílica de Zitscha, fundada por Estéban II ó I y su hijo Radoslao, fueron coronados estos y los reyes sus sucesores de la misma dinastía. Dirigió la construcción San Sabas, y después dedicó la obra al apóstol San Pedro y San Pablo. Notable por la riqueza de adornos arquitectónicos es finalmente la iglesia de Ravaniza, construida en el siglo XIV.

Las campanas para llamar á los fieles á la iglesia se introdujeron con notable lentitud durante el siglo XIII desde el Occidente en los templos de la Servia y del imperio bizantino, que hasta entonces se sirvieron de pesados badajos de madera que daban contra grandes tableros del mismo material ó de metal colgados por lo general en andamios aislados. En Cruchevaz se construyó el primer campanario sobre la fachada principal de la iglesia en el siglo XIV, cuando el pueblo servio había hecho ya considerables adelantos en la escultura y en las artes suntuarias, particularmente en la escultura de madera y en todos los objetos dedicados al culto. Para ellos tomaron modelos bizantinos y romanos, cuyos motivos se encuentran mezclados en los relieves de muchas iglesias, por ejemplo en las de Studeniza, Ravaniza y Cruchevaz, observándose en ellos mucha riqueza, fantasía y sobre todo un ritmo sorprendente en las figuras lineales y reticulares que adornan los tímpanos, rosetones, ventanales, columnas y jambas. Los monjes servios del Monte Atos introdujeron la pintura griega en su país, siendo particularmente notable la influencia del monje pintor Panselino en el siglo XI y después. Los artistas de Spalato y de toda la costa dálmata se inspiraron más en los modelos italianos. En general se nota en los cuadros religiosos de los pintores servios mucha libertad de movimiento; los frescos más antiguos ofrecen un estilo severo; las cabezas de las figuras son notables por sus formas bellas, su perfil noble y á menudo por su expresión bien caracterizada y hasta bien sentida. Las cornisas y zócalos tenían adornos pintados, en especial meandros y otras clases de grecas rectas y curvas á veces muy graciosas y elegantes.

En Spalato y Ragusa, y después también en Sirmio, floreció el arte de platería; se tejían y bordaban géneros de consumo general y se elaboraban igualmente de seda.

La literatura servia reconoce por fundador al benemérito San Sabas cuya biografía y la de su padre escribió en 1264 el monje Domenciano en el monasterio de Quilantari en el Monte Atos.

De todo esto se infiere que los servios habían hecho progresos muy notables en la civilización, y que podían muy bien alimentar hasta cierto punto la ambición de enseñorearse del imperio bizantino; mas por desgracia suya nunca consiguieron formar una nacionalidad unida y compacta, excepto en el reinado brillante de Estéban Duchan. Los magnates servios, boyardos y vaivodas, adoptaron demasiado pronto las costumbres separatistas y discolas de los señores feudales del Occidente; de modo que la fuerza militar del país jamás pasó de una aglomeración de contingentes acudillados por estos magnates. De nada servía pues el valor individual de los guerreros servios, que combatían con éxito armados de lanza y escudo, en los terrenos quebrados y montuosos, pero que nada podían hacer en batallas campales y en sitios de plazas; de suerte que jamás consiguieron ventajas definitivas ni sobre los ejércitos bizantinos ni sobre las huestes de los turcos.

## CAPITULO II

LA PENINSULA Balcánica y EL ORIENTE DESDE LA MUERTE DEL EMPERADOR MIGUEL VIII PALEÓLOGO HASTA LA DEL EMPERADOR ANDRÓNICO III, Ó SEA DESDE 1282 HASTA 1341

El emperador Miguel VIII Paleólogo, á pesar de los defectos de su gobierno consiguió restablecer el lustre del poder bizantino; pero en el largo y funesto reinado de su hijo, cobraron nueva y vigorosa vida los innumerables gérmenes letales para el imperio, de suerte que no logró ya regenerarse, ni aun detenerse en su marcha decadente. Sin embargo hasta las primeras décadas del siglo XIV continuó siendo el eje central al rededor del cual giraba la política de todas las potencias que tenían intereses en la península balcánica y en el Oriente. La capital Constantinopla había recobrado gran parte de su antiguo brillo por los esfuerzos de Miguel VIII, pero á costa de las provincias. Su significación como plaza mercantil era inmensa; la industria y las artes bizantinas, si bien no eran ya monopolio exclusivo del imperio, como tampoco lo era la acuñación de monedas, estaban todavía florecientes y ejercían una influencia grandísima sobre los pueblos limítrofes y muy especialmente sobre los eslavos meridionales. El arte bizantino reflejaba el carácter senil y petrificado del imperio, é iba perdiendo su fuerza creadora, su lozanía é inventiva. En la pintura como en la escultura resaltaban más la tiesura y rigidez de las figuras y la falta de expresión en sus fisonomías. El comercio con el pueblo ruso se había disminuido mucho, á pesar de ser el pueblo que con más cariño había admitido la influencia bizantina en la religión y las artes desde el siglo XI. La razón de esta disminución de relaciones comerciales estaba en las terribles luchas interiores que destruyeron á este gran pueblo desde mediados del siglo XIII, ya por las contiendas entre los príncipes de la familia de Rurik, ya por el pesado yugo que le impusieron los sucesores del khan mogol Batu, los khanes de la llamada Horda de Oro ó de Kibchac, que tenían su residencia en Sarai á orillas del brazo más oriental del Volga.

La literatura bizantina refleja también á su modo el carácter de la época. La invasión y conquista de los francos encontró su historiador apasionado en Nicetas Coniates, hermano del eminente y nobilísimo arzobispo de Atenas Miguel Acominato. Nicetas había ya ocupado elevados puestos políticos en los reinados de los emperadores de la casa de Angelos. En 1187 estaba ya empleado en la corte; en 1189 fué nombrado canciller en cuya calidad desempeñó una misión importante en Filipópolis, de cuya ciudad y provincia fué nombrado al año siguiente gobernador general. Como á otros le fué funesta la gran catástrofe del año 1204 que le obligó á huir á Selimbria y buscar luego asilo en Nicea, donde murió en 1216. Al morir dejó concluida su gran obra histórica, empezada en el reinado de Isaac Angelos, y que trata en 21 libros de los sucesos ocurridos en el imperio desde el año 1118 hasta 1206, extendiéndose particularmente en la narración del sitio y toma de Constantinopla por los latinos. Esta obra es importante, porque su autor, además de su gran instrucción, talento y dotes de observación, estaba al corriente de cuanto pasaba, aunque por otro lado no oculta sus vivas simpatías y antipatías, y narra los actos y la conducta de los francos en Constantinopla con la acritud que se puede suponer y que se nota en todo cuanto se refiere á los occidentales. Por este motivo tampoco llega á hacer justicia al emperador Manuel, tan amigo y tan afanoso de ganar las simpatías de los italianos. Prescindiendo de algunos errores cronológicos que parecen tener su razón en el deseo de eslabonar mejor los sucesos según su importancia y afinidad

política, le guió al parecer la idea de producir en sus lectores un efecto moral; lo cual le hace prodigar demasiado toda clase de consideraciones, imágenes poéticas, citas de la Biblia y alusiones á las leyendas, tradiciones é historia de la antigüedad.

El golpe tremendo que recibió en 1204 el bizantinismo en general se hizo también sentir en su literatura, y solo pudieron reunirse elementos aislados, como restos de un gran naufragio, en Nicea, donde la lucha por la existencia material y política absorbía todas las fuerzas; pero hacia el año 1255 se hizo notable en aquella capital un profesor de retórica ó de poesía, como autor de escolios á Homero, llamado Miguel Senaquerim; y además los emperadores de Nicea protegieron constantemente la instrucción y la erudición. Entre los altos funcionarios de su Estado sobresalió como historiador Jorge Acropolita, á quien ya hemos mencionado repetidas veces. Estaba emparentado con la familia Láscaris; había sido educado desde 1233 con Teodoro II Láscaris, y utilizado repetidas veces como embajador hasta por Miguel VIII Paleólogo. Escribió con el título de Cronografía la historia del imperio desde la conquista por los francos hasta la reconquista de la capital, y murió en 1282.

Los Paleólogos, entre los cuales Andrónico II descuidó hasta su misión de soberano para dedicarse á las tareas literarias, se interesaban como los Comnenos por la erudición y por sus representantes, y en particular por la teología que en los últimos tiempos del bizantinismo ganó más y más terreno, según veremos en adelante al tratar de las producciones literarias de altos funcionarios civiles y eclesiásticos en el último período de existencia del decrepito imperio.

Gran desgracia fué para el imperio que Andrónico II, sucesor de su padre Miguel VIII, no tuviera las dotes necesarias para regir un país como aquel á cuya cabeza le había colocado el destino. Había nacido en 1258 ó 1259, y á la edad de quince años le casó su padre con la princesa Ana, hija del rey de Hungría Estéban V, asociándole poco después al imperio con el título de emperador. Este príncipe tenía los defectos de su padre, especialmente su tendencia á la perfidia y arteria, y al mismo tiempo carecía de sus talentos de hombre de gobierno. Sus amigos alabaron su instrucción, su erudición y religiosidad, y citaban entre otros actos laudables el de haberse reconciliado en 1289 con el desposeído y ciego Juan IV Láscaris, cuando hubo regresado, se ignora cómo, de Foggia, y haberle mantenido hasta su muerte en un castillo de Bitinia; pero por otro lado era en extremo supercioso, despótico, obstinado y demasiado vanidoso para confiar el gobierno á manos más hábiles, ya que á él le faltaban la energía é iniciativa necesarias para seguir un plan bien meditado. Así dejó continuar el lujo y el boato que su padre había introducido en la corte, como igualmente el abuso de la baja ley de la moneda y todos los demás males de que adolecía el imperio, que durante este largo reinado fueron la causa de su ruina.

Por lo pronto alcanzó Andrónico II una popularidad inmensa entre sus súbditos con su política religiosa, enteramente opuesta á la de su padre, que con sus arteras negociaciones de fusión se había enajenado las simpatías de sus súbditos. En efecto, los bizantinos desde la catástrofe nacional del año 1204 y el subsiguiente dominio tiránico de sus nuevos amos, se habían aferrado más que nunca en su odio á los occidentales y en su afecto á su Iglesia y á sus obispos. El nuevo emperador se mostró partidario decidido de la Iglesia ortodoxa griega, y sin el menor respeto á la memoria de su padre, echóse francamente en brazos de los contrarios más furibundos de la Iglesia católica, con lo cual ganó el clero griego una influencia en el gobierno como no la había

tenido desde muchas generaciones. Esta influencia fué tanto más fatal para el imperio y el mismo emperador cuanto más se aumentó la afición del clero griego á disputas dogmáticas, y más dió muestras de codicia y simonía. Las contiendas odiosísimas entre los innumerables sacerdotes y monjes fanáticos, contiendas que giraban principalmente al rededor del nombramiento del patriarca de Constantinopla, desviaron la atención del débil jefe del Estado de los asuntos gravísimos de gobierno. En su profundo odio á la Iglesia romana había formado Andrónico un tribunal eclesiástico compuesto en su gran mayoría de monjes, y destinado á fijar las penitencias de aquellos que habían incurrido en una excomunión general pronunciada contra todos los que se habían relacionado de una manera ú otra con la Iglesia romana, y que deseaban ingresar otra vez en el seno de la ortodoxa griega. A las personas laicas opulentas impuso este tribunal multas pecuniarias; los clérigos ricos comprometidos fueron destituidos de sus puestos, y el primero de todos el patriarca Vecco, objeto en el nuevo reinado del odio general, y que además de ser destituido y desterrado á Brusa, tuvo que firmar una solemne retractación. En su lugar fué nombrado su predecesor José, y como este muriera poco después, en 1283, ocupó su puesto Gregorio, que en un sínodo reunido en Blaquernas, destituyó á todos los obispos que en el reinado anterior habían votado á favor del reconocimiento de la supremacía del papa. Hecho esto, lucharon por el gobierno eclesiástico los partidarios del patriarca José por una parte, y los adeptos ultra fanáticos del patriarca Arsenio, partido apoyado por la masa del pueblo y por los monjes. Esta contienda continuó sin que pudiera conseguirse un arreglo ni por el concilio de Adrumeto. El mismo patriarca nuevo, Gregorio, tuvo que dimitir en 1289 por haber publicado un escrito que fué calificado por los fanáticos de heterodoxo. Su sucesor Atanasio, monje ascético y severísimo, quiso restablecer la paz y el orden en la Iglesia, ordenando á los obispos políticos que volvieran á sus diócesis, y mandando á los monjes agitadores regresar y encerrarse en sus conventos; pero solo consiguió excitar contra sí la indignación general de la capital, que le obligó á resignar su puesto al cabo de cuatro años. Le substituyó otro monje, Juan de Sozopolis, el cual ocupó el patriarcado desde 1294 hasta 1303, en cuyo último año tuvo que dimitir á causa de un conflicto con el gobierno. Volvió entonces á ocupar la silla patriarcal el reformador apasionado y riguroso Atanasio, que siguió su sistema hasta el año 1311, en el cual de nuevo tuvo que resignar su puesto. Ocupóle Nifon, obispo de Cícico, que en la defensa de esta ciudad se había acreditado como guerrero excelente, pero como patriarca y jefe de la Iglesia cismática griega fué criticado mucho por su codicia y ostentación y hubo de dimitir en 1313 ó 1314 acusado de simonía. Le sucedió entonces Juan Glicis que se retiró á los cuatro años de administrar el patriarcado por motivos de salud; y el emperador encargó la dirección de la Iglesia al monje Gerasimo (en 1320-21) que solo fué instrumento ciego del soberano, verdadero jefe entonces de la Iglesia hasta que ocupó el patriarcado el monje Isaías llamado de Atos.

Durante todas estas contiendas eclesiásticas empeoró muchísimo la posición exterior del imperio, tanto por estas mismas cuestiones cuanto por otras torpezas gravísimas que cometió Andrónico II, cuando más que nunca convenía concentrar y aumentar todas las fuerzas vivas del país para defenderlo contra los muchos enemigos que le rodeaban por todos lados. La peor fué el mal gobierno de la hacienda, porque no obstante sus reducidas necesidades personales derrochó Andrónico II grandísimas sumas en su corte ostentosa y en favor de la Iglesia, mientras por otro lado trataba de compensar estos gastos inútiles y fuera de sazón con eco-